

**Fuentes para el estudio
de la Guerra de la Independencia.
La Europa de 1807-1808 vista por el
Embajador austriaco en París:
Metternich y sus memorias**

**Sources for the study
of the Spanish Independence War.
The Europe of 1807-1808 for the
Austrian Ambassador in Paris:
Metternich and his memories**

Servando de la TORRE FERNÁNDEZ DEL POZO
Diputado Permanente de la Representación Española en Viena
servando.delatorre@mae.es

Recibido: 6 de agosto de 2007
Aceptado: 8 de octubre de 2007

RESUMEN

La guerra de la Independencia española se ha venido estudiando desde una óptica estrictamente hispánica cuando en la mente de Napoleón España constituía una pieza más de su proyecto europeo. Las memorias de Metternich constituyen una valiosa fuente de información para la comprensión del fenómeno napoleónico.

PALABRAS CLAVE: Metternich, Napoleón, relaciones diplomáticas entre Francia y Austria.

ABSTRACT

The Spanish Independence war has been studied from strictly Hispanic optics, although in Napoleon's mind Spain was just a piece of his bigger European project. Metternich's memories constitute a valuable source for the understanding of the Napoleonic phenomenon.

KEYWORDS: Metternich, Napoleon, diplomatic relations between France and Austria.

RÉSUMÉ

La guerre de l'Indépendance espagnole a été étudiée depuis une optique strictement hispanique toute fois que dans l'esprit de Napoléon l'Espagne constituait juste une autre pièce de son projet européen. Les mémoires de Metternich constituent une précieuse source d'information pour la compréhension du phénomène napoléonique.

KEYWORDS: Metternich, Napoléon, relations diplomatiques entre la France et l'Autriche.

ZUSAMMENFASSUNG

Der spanische Unabhängigkeitskrieg ist bislang bloß aus einer streng spanischen Sicht untersucht worden, denn nach Vorstellung Napoleons bildete Spanien nur einen von vielen Bausteinen in seinem europäischen Projekt. Die Erinnerungen Metternichs bilden hierzu eine wertvolle Informationsquelle, um die Sichtweise Napoleons zu begreifen.

SCHLÜSSELWÖRTER: Metternich, Napoleon, diplomatische Beziehungen zwischen Frankreich und Österreich.

Con Napoleón volviendo del desastre ruso abre Adam Zamoyski su muy brillante y reciente obra "Ritos de la Paz"¹. La reconstrucción de Europa constituye uno de los episodios más importantes de la historia moderna y Zamoyski acierta a describir los personajes claves, los protagonistas: Clemens Lothar von Metternich, el *maestro de marionetas*; el zar Alejandro, *el testigo de dios en la tierra*; Castlereagh, el impenitente practicante de *la Realpolitik*; Talleyrand, el astuto *esgrimidor de ficticios derechos*. Por no hablar de Poniatowski, Czartorysski, de von Kleist o de Wilhemina de Sagan, Dorotea de Perigord o de Catalina Bagration, "*nackte engel*", o Carolina Seufert "*la viuda danesa*". Personajes que fascinaron a Henri Kissinger, testigos directos de la gran recomposición de Europa al entrar en su edad romántica. ¿Está aún viva *l'âge des lumières*? ¿Se ha entrado en *l'âge de la raison*? ¿Dónde está el *interés de Estado*?²

1. El impacto de la Revolución francesa en Austria fue difuso porque las reformas de José II habían escondido las raíces profundas y enmascarado lo radical³. Leopoldo II las siguió y su hijo Francisco II supo adaptarse a los acontecimientos; dictó un código confiando en que el imperio de la ley, aplicado por su jefe de policía Pergen, sirviera para cortar de raíz la resistencia radical josefina, más que jacobina, de algunos nobles y escritores⁴. Más inquieto por verse frente a Prusia, que le

¹ A. Zamoyski, *Rites of Peace The fall of Napoleón and the congress of Viena*, London 2007.

² ¿Quién mejor que Henry A. Kissinger para especular sobre ello?: *A World restored. Metternich, Castlereagh and the problems of peace 1812-1822*, Houghton Mifflin Company Boston.

³ S. Beller, *A concise history of Austria*, Cambridge 2006.

⁴ El complot de los jacobinos en 1794 con la ejecución de Hebenstreit y nueve más y la prisión de Martinovics y 31 húngaros.

había despojado de Silesia en 1740, y frente a Rusia, inquietante vecino en la Galizia, que por los avances de la Francia revolucionaria, Leopoldo II se unió al Rey de Prusia en la declaración de *Pilnitz* en 1791 en lo que constituía un primer intento de intervención en los asuntos internos franceses, aunque sea dicho del todo, había sido el Gobierno revolucionario de París el primero en declarar la guerra a los soberanos de Austria y Prusia.

Victoriosos los revolucionarios en Valmy (20 de septiembre de 1792), al día siguiente abolían la Monarquía: su política internacional, en parte continuadora de la del Antiguo Régimen, será cerrar el “*pre carré*”, ocupando Bélgica, la orilla izquierda del Rin. El Directorio quiso superar “*les petits limites*” de los cripto-legitimistas e ir más allá de Saboya y Niza, más allá del Po, entrar en Lombardía, la Valtelina, Génova, Venecia y sus provincias⁵.

Los sucesos en el Flandes austríaco y el mal ejemplo de Víctor Amadeo –por miedo a desatar en su reino una secuela de la revolución– que cedió sin más el Piamonte, constituyeron ya un peligro cercano para Londres y Viena. Tras la ejecución de María Antonieta y Luis XVI en 1793, Austria encabezó una *primera coalición* entre 1793 y 1797. Sus fuerzas fueron derrotadas por la Francia revolucionaria, en Leoben y Campo Formio (1797), permitiendo importantes ganancias territoriales⁶. Pero no era tanto la preocupación por la hipotética extensión de la revolución francesa a los otros reinos, sino por la expansión de Francia⁷.

Tras el empeño del directorio de hacerse con Egipto, Napoleón, enaltecido al poder absoluto militar el 18 Brumario, inició una vasta ofensiva contra la *segunda coalición*⁸ y se hizo con las provincias holandesas del Emperador Austríaco y con los Alpes suizos. En Marengo, tras pasar el Gran San Bernardo, en Hohenlinden, tras entrar en Munich, la humillación de Austria es patente. La paz de Luneville en 1801 permitirá a Francia hacerse con al Península italiana, apartar a los Habsburgos austríacos de Parma, a favor de los Borbones españoles, aliados en ese momento⁹, y promover una mayoría protestante en el colegio de electores en el Sacro Romano Imperio. De esta manera, Austria perdía toda influencia sobre los principados renanos; sólo quedaban frente a Francia, en la realidad bélica, Rusia en el continente –preocupada por la aproximación franco-turca– e Inglaterra en el mar.

⁵ Módena y las Legaciones pontificias en la Cispadana, las provincias de Venecia, Bérgamo y Brescia.

⁶ Francia estableció la República de Baviera y Renania que Austria reconoció en un artículo secreto, así como la Lombardía a cambio de la devolución de territorios venecianos (con excepción de las islas jónicas).

⁷ Rusia y Prusia aprovecharon la ocasión de debilidad de todos los contendientes para repartirse por segunda vez Polonia dos días después de la ejecución de Luis XVI, sin protesta de Austria.

⁸ Turquía, Rusia, Austria, Inglaterra, Nápoles y el Papado a raíz de la expedición a Egipto en 1798-1799.

⁹ Que habían cedido a Francia la Luisiana.

Bonaparte contempló las ofertas de paz lanzadas desde Inglaterra y Austria en 1800, pero, lejos de detenerse, aseguró a los franceses que hacía la guerra para asegurar una paz definitiva. Cruzó el San Bernardo y, sin adversarios en el continente, actúa en el Mediterráneo ocupando Malta, marchando a Egipto y más tarde dirigiéndose a las Antillas y a la India. Era Inglaterra el poder que limitaba la expansión napoleónica por su control del mar y, por ello, Napoleón ingenió un bloqueo continental que frenara el comercio inglés. Los hombres de negocios, incluidos los ingleses, empujaban hacia la paz. La paz de Amiens, en 1802, dejó en tablas la presión francesa sobre Inglaterra aplacando la liga de neutrales animada por el Zar Pablo I que reagrupa a Rusia, Suecia, Dinamarca y Prusia, inquietos por la pérdida de comercio que se derivaba del bloqueo continental.

Ahora, Suiza e Italia son tributarias de Francia, como lo es parte de Alemania. Un importante imperio colonial se dibuja ya desde Guayana a Luisiana, que daba poder y riqueza a la Francia revolucionaria; España figura entre sus aliados. Austria, por el contrario, está muy sola. Cuando en mayo de 1804 Napoleón se proclama *Emperador*, está claro que difícilmente los Habsburgos podrán mantenerse a la cabeza del Sacro Imperio, por lo que Francisco I se ve obligado adaptarse: “*Emperador hereditario de Austria*”.

2. El joven Metternich, formado en Estrasburgo con profesores próximos al protestantismo y destinado en Bruselas como diplomático, se había casado en 1795 con la condesa von Kaunitz. Asistió al Congreso de Rastatt en 1777 y había sido Embajador en Sajonia en 1801 y luego en Berlín. De los tiempos de Estrasburgo le quedaban grandes amigos con los que asistió a la coronación de Leopoldo en Francfort; o huellas, como las de su tutor Schneider o la de su profesor de religión, juramentado en la revolución, y nombrado Obispo de Estrasburgo. El tutor llegó a presidir el *Consejo de los 10* de los jacobinos y confiesa Metternich en sus memorias¹⁰ que sus doctrinas le suscitaron “gran aversión”. Una época de su vida de estudios en “una sociedad distinguida tanto por la superioridad intelectual como por la posición social de sus miembros”. También retiene el recuerdo de Hofmann y sus alusiones a la emancipación de la raza humana; o Forster, compañero de James Cook en los viajes; o Nicolás Vogt y su recomendación: “verás a muchos considerados como grandes hombres dar pasos torcidos: déjales y tu no te desvíes de tu camino”. Lord Grey, William Pitt, el Príncipe Kaunitz, su suegro, son otros tantos personajes próximos al joven conde: “*les affaires ce sont les hommes*”. La casa que más frecuenta en Viena de vuelta de Londres será la de la princesa Liechtenstein y su pequeño círculo “*société des princesses*” que abrió su salón a muchos emigrados franceses y a nobles rusos y del imperio. En la Universidad de Maguncia aprende “las dificulta-

¹⁰ Prince Clemens von Metternich, *Metternich. The autobiography*, Ravenhall books. Great Britain 2004.

des de erigir una sociedad sobre nuevos fundamentos cuando los antiguos están destrozados”. De allí pasó a Coblenza y fue presentado al joven Federico Guillermo II (“el vivo retrato de un rey, un gigante fuerte y robusto que en todas las reuniones sobresale por su estatura entre los demás”), que acaba de suceder a su padre.

El joven Metternich conoció al Emperador Francisco gracias al Canciller Thugut. Ello le abrirá ya su carrera. Reflexiona así en sus memorias: “los grandes axiomas de la ciencia política proceden del conocimiento real de los intereses políticos de todos los Estados. Cuando lo separado entra en conflicto con el interés central y éste es pospuesto, lo que ocurra puede afectar al destino del Estado llevando a su declive o quizás a recuperar la prosperidad. La tendencia de las Naciones es aproximarse unas a otras y coaligarse en el marco más amplio del cristianismo. El derecho a la represalia puede plantear barreras eternas y enemistades. La solidaridad de las naciones propicia un equilibrio de poder para que no se produzca la preeminencia temporal de uno sobre los otros. El establecimiento de relaciones internacionales sobre bases de reciprocidad bajo garantías de derechos adquiridos y el cumplimiento consciente de lo comprometido constituye la esencia de la política sobre la que se aplica la diplomacia. Las faltas de los hombres y de los estados están sujetas al mismo castigo”.

En 1792 asistió a la coronación de Francisco y se hizo amigo del Nuncio, ex diputado francés Abbé Maury, capellán de Paulina Borghese, la hermana de Napoleón, y del vizconde de Mirabeau, hermano menor del famoso. “Si el duque de Brunswick hubiese entrado en París, la revolución no habría sido suprimida”. El reino del terror se ha comido a sus propios comandantes”. El príncipe Esterházy le confió organizar el banquete y baile de la Coronación con la asistencia de la bella Louise von Meckleberg, futura reina de Prusia.

En 1793, a los 21 años, en los Países Bajos encontró al Príncipe de Gales, luego Jorge IV, que dentro de los complejos problemas de la familia se opuso a los designios de su padre y a quien por respeto Metternich “no le hizo saber su profunda desaprobación por tal conducta”. Será siempre su amigo. Como también, Pitt y Lord Grey.

Retrata así al Baron Thugut: “Educado en la formas de la academia oriental estaba preparado para subordinar su persona al servicio del estado. Sutil y hábil se basaba en la simulación y la intriga; aunque inaccesible a la corrupción, con frialdad y ambición calculadora se entregaba a interferir todas las áreas del gobierno y así lo hizo siempre incluso ya retirado tras la Paz de Luneville. Preocupado sólo por la revolución, no leía los despachos de sus embajadores”. El Conde Trautsmannsdorf, que le sustituyó, creó una comisión para leer los archivos despreciados por su antecesor y aconsejó al Emperador Francisco que propusiera a Metternich para la Embajada en Regensburg. Metternich comenta: “solo valdrá para asistir a los funerales del imperio alemán”; y prefiere la de Dresden “a medio camino entre Berlín y San Petersburgo”. Muy optimista con su nombramiento, el joven embajador medita: “La política es la ciencia de los intereses vitales de los estados. Sus axiomas pro-

ceden del conocimiento de los intereses políticos de todos los estados. Lo que caracteriza lo moderno respecto a lo antiguo es la tendencia a acercarse, a coaligarse. La regla de *bons procédés* es hacer a los demás lo que se quiere de los otros que a uno le hagan. La ley de represalia interpone barreras eternas. La ley moderna muestra el principio de solidaridad y el equilibrio de poder. El establecimiento de las relaciones internacionales sobre la base de la reciprocidad contempla los esfuerzos de varios estados frente al predominio temporal de alguno de ellos. Entre política y diplomacia hay la misma diferencia que entre la ciencia y el arte”.

3. En 1801 Metternich, como Embajador en Sajonia, insistía en sus despachos que el imperio alemán estaba apunto de disolverse. En efecto, el elector Federico Augusto en Dresden declaró la guerra a Dinamarca con la intención de ayudar a Suecia a conservar las fortalezas de Götteburg. El puesto de embajador le proporcionó a Metternich un observatorio eficaz sobre las maniobras prusianas para hacerse con Sajonia; sobre las interferencias inglesas para conseguir aliados y debilitar a Francia; sobre los Príncipes de la Confederación del Rin y también sobre los manejos rusos para neutralizar a los que se oponían a su influencia en la Pomerania o en Silesia.

Desde mayo de 1803 la guerra, a falta de un teatro común para los dos grandes adversarios, había creado una terrible crisis financiera en todos los países. Para reabsorber el déficit, Napoleón restauró los impuestos directos abolidos por la revolución y añadió impopularidad a las quejas que se extendían por Francia por el alto costo humano del triunfo de las batallas. Napoleón impuso contribuciones en los Estados italianos y un sistema de tratados con los feudatarios de la nueva Alemania –incluidos los de su propio sistema familiar– le permitía disponer de los bienes de sus Cortes. También el Papa acabó indirectamente prestando tributo. En diez meses quedaba formada una corona de aliados subordinados entorno a Francia.

En 1803 Metternich pasó como Embajador a Berlín, donde sus interlocutores fueron el Conde Haugwitz, Canciller de Federico Guillermo III, y el Príncipe Hardenberg. El reino de Prusia había conseguido sobrevivir como espectador dentro del nuevo orden implantado tras la paz de Basilea manteniendo la neutralidad en las guerras que Austria e Inglaterra y Rusia estaban librando contra Napoleón. De sus contactos en Berlín concluye: “Napoleón ha decidido actuar en tres frentes: Respetar su juramento de mantener la integridad del territorio de Francia; acabar con el predominio inglés en el mar y poner en marcha un nuevo sistema continental. En ese nuevo orden pretende ser el Rey de Italia y el mediador de Suiza. Dos áreas de clara colisión con Austria”. Napoleón había decidido cerrar los puertos a Inglaterra e invadirla. En 1804 propuso una alianza al Zar, pero es con Londres con quien Alejandro se coaliga, ya que no desea que Napoleón mantenga tropas más allá de los Alpes y del Rin. La flota preparada contra Inglaterra, como sabemos, fue encerrada en Cádiz por la escuadra de Nelson en 1805.

4. Metternich juzga que los éxitos de Napoleón se deben a la “acción inconsistente y errática” de los cancilleres en Viena que no han seguido la política claramente diseñada cuarenta años atrás por sus predecesores. “Siempre he tenido presente políticos de la autoridad de Richelieu, Mazarino o Talleyrand, Canning, Capodistria o Haugwitz. Nunca he temido el desfallecimiento moral, un peligro para todo el que entra en la vida pública y contra lo que cabe un remedio: el retiro”.

Sin duda Metternich esta jugando fuerte sus cartas y marcando distancias personales con los autores de las grandes decisiones del momento. En Viena, del vicecanciller Cobenzl nos dice: “embajador y amante de Catalina de Rusia compartido por ella con el Príncipe de Ligne y el embajador francés conde de Segur”; es “un ingenuo”... “no el hombre para dirigir un gabinete”; y del Conde Colloredo afirma: “no es un gran estadista” Ambos gozan de la confianza rusa y están preparando la entrada de Austria para la guerra en una nueva coalición anti-napoleónica. El entendimiento entre Viena y Moscú era básico. Ambas cortes intentaban influir en Berlín a través del Archiduque Antonio y del Príncipe Dolgoruki. El zar Alejandro, ante las evasivas de Haugwitz, decidió mover sus tropas hasta la frontera oriental de Prusia y mostrar al mismo tiempo de forma clara su entendimiento con Viena para provocar a Berlín y obligar a decidir. Ello sin embargo no puede sino preocupar a Metternich, que a finales de 1804 había recibido de su Emperador la misión de suavizar los contactos con Berlín. Y conociendo la impetuosidad de Alejandro, ante la inminencia de acción rusa sobre Prusia, le pidió que se contuviera pues podría precipitar a Prusia en brazos de Francia.

Son momentos críticos que podrían dejar al Emperador de Austria aislado, con el Zar frente a Napoleón y al Rey de Prusia. Metternich que se encontraba en la Cancillería de Berlín junto al viejo Embajador von Alopäeus en el momento en el que este acaba de recibir el correo y lo lee; era una carta personal del Zar Alejandro anunciando a Federico Guillermo que sus tropas iban a cruzar la frontera. Con el nerviosismo, Alopäeus extravió la carta; durante más de una hora Metternich le ayudó a buscarla en el despacho hasta que con gran desesperación Alopäeus elevó sus manos implorando el cielo y apareció la carta que cayó al suelo al desprenderse de las mangas de su casaca.

No llegó el Zar a entrar en Prusia, Metternich se encuentra a disgusto “bajo la mala fe de los negociadores prusianos”. Pero sigue adelante y consigue que Prusia ponga en principio distancias con Francia proclamando su neutralidad, para al menos ganar tiempo. “Es patente la falta de decisión del duque de Brunswick”, se queja. Será el Zar mismo quien dirija en Potsdam toda la negociación del *Tratado de los 3 Emperadores*, en el que Haugwitz se guarda una puerta de escape: “Prusia informará a Napoleón de que su unión a los otros dos monarcas es *condicional* a que se detenga la carrera victoriosa de la “Grande Armée”.

Finalmente pudo concertarse una *tercera coalición* anti-napoleónica entre Prusia Rusia y Austria, incluyendo además a Suecia e Inglaterra que intervendrían en

Pomerania, Hannover y en Nápoles¹¹. Metternich recibió la cruz de San Esteban por su labor en el Tratado.

5. Napoleón, al saber de la nueva coalición, inició con la Grande Armée en Boulogne una marcha victoriosa: atraviesa el Rin y el Main y con rapidez y precisión ocupó Baviera, Wurtemberg-Baden, e imparable, envolvió a las fuerzas austríacas de Mack. Ney vence en *Ulm* impidiendo la aproximación prusiana a los coaligados que había pretendido Metternich y dejando a Maximiliano de Baviera del lado de Francia. Si bien en esos momentos la derrota en Trafalgar impidió a Villeneuve intervenir tácticamente en Nápoles y la nueva guerra resultaba impopular en el interior de Francia, el impacto de las brillantes victorias fascinó a todos y se extiende gracias a los boletines diarios del ejército napoleónico que inundaban Alemania y Europa entera. Metternich toma nota de ello. “Son un invento nuevo a los que hay que prestar la mayor atención. Valen a Napoleón tanto como un ejército de 300.000 hombres”.

La ruta de Viena está abierta. Bonaparte no lo consiguió en 1797; Napoleón I sí; entró limpiamente el 13 de noviembre 1805 en Viena por el puente Tabor e instaló su cuartel en Schönbrunn. Bethoven el 20 de noviembre estrena *Fidelio* para especial deleite de los oficiales franceses que ocupan la ciudad. El correo enviado a Napoleón que portaba el mismo Haugwitz se transforma en una visita de cortesía y ni siquiera es recibido por aquél en Viena porque había marchado ya a Austerlitz. “La marrullería prusiana, dice Metternich, es causa de todos los errores; en vez de obligar a Napoleón a defender Viena, donde las tropas de Mack y las coaligadas le habrían retenido y dar ocasión para que el pueblo de Tirol y Alta Austria se levantasen contra el ocupante, devolviendo la iniciativa bélica del lado de los aliados, Napoleón presenta batalla tres semanas más tarde en Austerlitz”¹². El 2 de diciembre el día aniversario de su coronación, el ejército del Zar era cortado en dos: 75.000 franceses derrotaron a 80.000 rusos y 25.000 austríacos.

Austria se retira de la coalición. El Tratado de Presburgo¹³ excluye Austria de Italia, que cede Venecia a Italia, Istria y Dalmacia a Francia; Tirol y Voralberg a Baviera que quedaba protegida por Francia.

En 10 meses Napoleón había edificado un gran imperio, verdadera Federación de Estados subordinados. Napoleón ahora intentará atraerse a Prusia a cambio de permitirle la anexión de Hanover y cerrar los puertos a los ingleses. En los territorios feudatarios alemanes ribereños del Rin, Napoleón estableció una Confederación compuesta de 16 Estados, dos reinos y tres grandes ducados. La *Rheinbund* preocupa a Austria, que se ve apartada y privada de instrumentos de influencia en esa nueva Alemania. Evidentemente esto irrita a Prusia.

¹¹ Contra la Napoleonización de Liguria y Milán y el apoyo francés a Dinamarca, respectivamente.

¹² Slavkov o Brno.

¹³ 27 de diciembre de 1805.

Son ya los tiempos precursores del Romanticismo, los de Heinrich von Kleist, Wilhelm von Humboldt o Karl Heinrich von Stein o Johan Gottlieb Fichte. Humboldt no aprecia a Metternich porque Austria sólo se preocupa de Italia y no comparte el alma alemana. En cambio, en Prusia está Stein, el político más cercano a los pensadores. Prusia había adquirido por el Tratado de Basilea tierras bordeadas por el Rhin y los románticos soñaban con encontrar un lugar donde establecer su propia nación y su cultura fuera de la intervención de Francia o de cualquier otro poder. Stein sueña con crear un Estado unificado alemán.

6. Consecuencia de Austerlitz fue el cese de Colloredo y de Cobenzl y el nombramiento del embajador ante el Zar, el Conde Stadion, como Canciller, y de Metternich como Embajador en París ante Napoleón. Un puesto difícil tras Presburgo y “teme no ser adecuado para sus dificultades”. Lo acepta porque se somete “al destino”. “Mantendré que el Emperador Francisco es “el seguro guardián de los principios que garantizan la paz general y el equilibrio”.

En París, Metternich ve en Napoleón la “encarnación de la Revolución”: “vi en él al guardián de los principios que garantizaban la paz general del equilibrio político... era indispensable conectar sus cualidades personales con las circunstancias que vivía”. Tayllerand le recibe con gran cordialidad, le pide “relaciones estrechas” con Francia “que no deben ser confundidas con sumisión” y muestra moderación. “Francia –prosigue– necesitaba orden y hubiese sido fácil obtenerlo si Napoleón por ambición de conquista no hubiese conducido a un sistema que le llevó a él mismo a la ruina”; “las victorias napoleónicas se reciben con alegría por los ciudadanos porque da satisfacción comprobar que no han dañado la paz interna”.

Metternich estaba en St. Claud cuando los príncipes de la Confederación del Rhin fueron a prestar homenaje presididos por el primado von Dhahlberg. “En Alemania les dice Napoleón, los pequeños quieren ser protegidos de los grandes, los grandes, gobernar como se les ocurre. Y como yo de la Confederación quiero hombres y dinero, dejo en paz a los primeros y espero a ver como se las apañan los segundos”.

Federico Guillermo que desea acabar con el Rheinbund envió en 1806 un ultimátum a Napoleón para que retirara sus tropas al otro lado del Rhin: las batallas de Jena, Auerstedt, Saxe acabaron con su ejército. Napoleón entró en Berlín en Noviembre de 1806 y le pide designe a von Stein –un ilustrado, animador de estudios alemanes, nacionalista– como Primer Ministro. Pero Stein, odiaba a los franceses y es denunciado por los espías, por lo que se vio obligado de huir a Austria. Allí, con el apoyo del zar Alejandro, elaboró un *memorandum por la liberación de Europa* y fundó un “Comité germano para coordinar la acción pro rusa en las tierras alemanas”. En pago, Alejandro le permitirá gobernar la Prusia Oriental. Su aceptación es un desprecio a la Corte de Berlín.

7. Tras Auerstadt y Jena, la *cuarta coalición* movida por Federico Guillermo de Prusia había sido derrotada¹⁴ y ahora Napoleón busca establecer una paz duradera. Había que acabar con Inglaterra, por ello Napoleón estableció el *bloqueo continental* que requería el cierre de puertos en Holanda y las villas hanseáticas, en Italia y España y Portugal. Esto provoca una confrontación continua en el mar y plantea la necesidad de ocupar Polonia y Portugal. Pero Napoleón no se plantea una nueva reconstrucción de Polonia y al avanzar por su territorio encuentra el ejército de Moscú. La campaña de invierno en las estepas de Rusia es muy dura. En Eylau murieron 25.000 rusos y 18.000 franceses. Pero Napoleón tras Friedland pasó a controlar Dantzig y Königsberg. Ni Austria ni Inglaterra se mueven. Los acuerdos de Tilsitt consolidaban la Alianza ruso-francesa con un acuerdo secreto sobre Prusia que debía renunciar a sus provincias polacas, a Westfalia cediendo además territorios como las islas jónicas y aceptar al Duque de Sajonia como Duque de Varsovia. Rusia, que buscaba establecer un marco de reparto de influencias, se uniría ahora al bloqueo continental contra Inglaterra, a cambio de “mano libre” en la Finlandia sueca y abstención francesa en los territorios eslavos de Turquía.

Napoleón ahora tenía virtualmente el control absoluto sobre el oeste y el centro de Europa. Juzga Metternich que “Napoleón ha alcanzado la cumbre de su poderío en Jena y la paz de Tilsit le ha revestido de fuerza y solidez”. Con la Paz de Basilea¹⁵, Prusia había conseguido un protectorado sobre Alemania del Norte”. “Sería un error político creer que el poder de Rusia está exhausto”. “Tras Tilsit, Napoleón volvió los ojos sobre España; creyó necesario paralizar a Rusia tras conquistar Austria y Prusia creando un círculo protector con la confederación del Rin. En la entrevista con el Zar en Erfurt Napoleón pensaba en Turquía, no es Asia; por el odio con Inglaterra quería quedarse con sus posesiones en la India. La extravagancia de esos esquemas gigantescos iba a traer su caída pocos años después y la expedición contra España fue una idea totalmente desafortunada aceleraría la catástrofe”. En Erfurt Napoleón cree haber dispuesto una trampa fácil para el impetuoso Alejandro. Piensa que seguirá siendo contenido por Austria y por un hipotético reparto del Imperio turco; a cambio podrá dedicar tropas a España. Es en Erfurt donde Napoleón comenzó a tantear un posible matrimonio con una noble rusa.

Los sucesos en Europa no pueden sino inquietar cada vez más a la corte de Viena que aprovechará la guerra de España para reconfigurar una nueva coalición contra Napoleón. En París Metternich se entrevista con Tayllerand. “El conflicto entre diferentes sistemas de gobierno, sólo existe realmente en Francia: en el culmen de su poder, Napoleón está conformando instituciones monárquicas sólo para él mismo”.

¹⁴ Inglaterra, Prusia, Rusia, Sajonia y Suecia. Por el Tratado de Tilsit, en julio de 1807, Prusia tuvo que ceder la mitad de sus territorios a Francia, al Reino de Westfalia de Jerónimo Bonaparte y al nuevo Gran Ducado de Varsovia.

¹⁵ 1795 firmada con España y con Prusia.

Napoleón habla de los “*ideólogos*” con el más profundo desprecio: En efecto le dice Napoleón: “Los que perpetraron actos impíos hace poco, tengo que usarlos ahora en mi nuevo edificio social; algunos son buenos arquitectos. El problema es que todos creen serlo y no hay francés que no se crea capaz de gobernar el país”. Metternich encuentra en París una gran variedad de personajes: desde el ultraconservador embajador ruso, que dice su ideología le obliga a no aceptar el derecho de conquista, hasta Barère, “Anacreón La Guillotine”, “de refinamiento espurio y rasgos delicados” sobre cuyas espaldas recaen tantas ejecuciones. Aún en París, Metternich, convocado por Napoleón, es preguntado: “Embajador, cuándo su señoría se propone invitarme a Viena”. Su voz es aguda y fuerte y Metternich debe contestar, en silencio sepulcral, con evasivas durante media hora.

Austria se había colapsado tras la guerra de 1805, la confederación del Rin había tomado en lugar del Imperio alemán; Tirol se había sumado a Baviera, el Duque de Varsovia, bajo el Rey de Sajonia, se interponía entre Austria y Rusia. La paz de Tilsit había destruido el poder prusiano, pero ello no había conseguido apartar la amargura de la Corte de Viena pues no estaba resuelta la pérdida de Silesia tomada en 1740 por Prusia y jamás devuelta. La paz de Presburgo había privado a Austria de una independencia real. La Nación austríaca estaba lejos de existir. El emperador gobernaba sobre naciones, pueblos y regiones y sus dirigentes, a diferencia de los alemanes, usaban diversas lenguas, incluso el francés, en la lucha contra el monarca enemigo, y evocaban así más las fidelidades post-feudales que el moderno concepto de las naciones y sus pueblos. Friedrich von Genz o el Conde Stadion hablaban en francés; durante el josefismo reunieron en su entorno y gracias a la brillantez de la Corte escritores románticos alemanes que debatían las nuevas formas e ideas, entre ellos, Friedrich Schlegel, quien gozaría de gran popularidad, en el mundo vienés, en el que Beethoven iba ahora en diciembre de 1808, a estrenar su *quinta y sexta sinfonía*.

8. Austria en abril de 1809 estaba dispuesta a atacar a Napoleón y el archiduque Carlos lanza una “*llamada a la nación alemana*” redactada por Schlegel: “combatimos para devolver Alemania independencia y honor nacional”. En Viena alguien cree que los alemanes se levantarán como los españoles contra el invasor. En Tirol, Hoffer –un posadero– monta una “*vandée*” popular que los franceses sofocan¹⁶. Por su parte, los franceses intentan levantar a los húngaros contra el Emperador. Mientras tanto, una “legión negra” del Príncipe Brunschwig equipada por Austria ocupaba Dresden y Leipzig, atravesando Alemania, para ser recogida por barcos ingleses que la transportan a España. Napoleón había improvisado un ejército en el que un tercio eran alemanes o italianos. El 12 de mayo Napoleón ocupa la isla de Lobau en el Danubio. La

¹⁶ Heckmühl, el 22 de abril de 1809.

batalla se libra en Wagram el 6 de julio de 1809 y Napoleón, triunfante, entra de nuevo en Viena para firmar una paz humillante para Austria que se vio obligada a ceder Galizia al Duque de Varsovia y Salzburgo a Baviera.

Metternich ha quedado retenido como rehén en París, pero dada su posición se le permite amplia libertad de movimientos. Es ocasión en sus memorias para referirse a Tayllerand: “su carácter estaba más adaptado para la destrucción que para la creación. Sacerdote, por su propia forma de ser y también por eso mismo volcado a luchar contra la religión; noble, dedicado a deshacer su clase social, republicano, a traicionar la república, conspirador constante, contra el Emperador; legitimista, contra la restauración. Napoleón dice de Tayllerand un día: “si quiero que se haga algo, me basta con decirle lo contrario a Tayllerand”.

De Fouché, dice Metternich: “todo en él estaba manchado sangre y lodo. Napoleón lo usaba para lo que le convenía. Se había ganado la confianza de los *émigrés* a los que Napoleón había reabierto las puertas de Francia. En realidad ya estaba previendo una posible vuelta de los Borbones”. Es Fouché el que permite a Metternich volver a Viena a cambio de los diplomáticos franceses allí retenidos al inicio de las hostilidades. Metternich elogia a Cambacères, al que Napoleón mismo se lo había retratado señalando ciertas peculiaridades de sencillez del que había llegado a ser “*Durchlaucht*” y *archicanciller* del Imperio, y pedía se le tratara sólo como Monseigneur y que luego acabaría recluido en su casa.

En Polonia el fogoso Napoleón deja embarazada a María Walebska: la esterilidad de Josefina quedaba así probada y el divorcio consumado pues él estaba buscando un hijo en el que perpetuar su dinastía y afrontar las intrigas de su familia. La entrada en Viena abría ahora el camino al matrimonio con la hija del Emperador austríaco, María Luisa, nieta de Luis XVI y de Maria Antonieta. Una revancha a la negativa del Zar de concederle la mano de una princesa rusa.

9. Metternich es nombrado Ministro de Asuntos Exteriores¹⁷ del Imperio austríaco y en Altenburg y en Znaim negocia la paz con Francia; inicio de la neutralidad armada o de “mediación permanente”, concepto que presidirá su política exterior. En las negociaciones el nuevo canciller se escuda en “comisiones preparatorias” tratando “capítulos separados”, conducidos protocolariamente como conversaciones que según explica a un interlocutor, (el conde Champagne), no considera “negociaciones”. El sistema gusta a Napoleón, pues le permitirá disponer por escrito directamente de una serie de protocolos recogiendo informes de las comisiones para luego permitirle la decisión. Metternich, precisa aún más: “sólo acepto lo escrito de mi propia pluma”. “Napoleón puede poner palabras en tu boca que por tu posición quizá no puedas negar, puede conquistar Reinos, pero no puede conquistar mi conciencia”.

¹⁷ 8 de octubre de 1809.

Metternich considera que la paz de Viena del 14 de octubre de 1809 era destructiva para el Imperio. “Napoleón pasa por tener un poder irresistible, pero los resultados no son enteramente positivos. Austria había quedado rodeada de un círculo de hierro de países bajo el cetro de Napoleón sin comunicación con el mar Adriático y por un artículo secreto se limitan sus fuerzas a 150.000 hombres”. Con cierta amargura, Metternich considera a Napoleón, “producto de la Revolución” que es el “punto de partida de toda la desgracia en Europa”, pero admite: “en la realidad constituye una barrera contra las teorías anárquicas en Francia y otros países. Las guerras ocasionadas por la revolución han preservado a Alemania y Austria de las infección de teorías sociales durante los veinte años entre 1789 y 1809”.

En un baile de máscaras en la casa de Cambacères, Napoleón anunció a la esposa de Metternich que quería la mano de María-Luisa y le pide: “escriba a su marido y pregúntele que piensa”. Metternich en su memoria explica: “no podía dudar en mi decisión: hay sacrificios que no pueden contaminarse con algo que parezca un pacto”. Este criterio será básico para delimitar una alianza matrimonial que introduce en el mundo de los reyes al general victorioso sobre las alianzas derivadas de los intereses internacionales”. Como Metternich buscaba romper la alianza franco-rusa, Napoleón obtiene sin mayor problema la mano de la bella muchacha de 18 años, el 2 de abril de 1810.

María Luisa será recibida por los franceses con cariño y entusiasmo. Creen se van a acabar ahora las guerras. Napoleón trata de dar pruebas de buena voluntad y contento con lo conseguido ofrece al Embajador de Viena en París, Príncipe Schwarzenberg, y al Canciller Metternich, mediadores en el matrimonio, nombrarles soberanos en la Confederación del Rin. Los dos declinaron. Un día, en las Tuilleries se empeña en que Metternich hable a solas con su esposa: “¿Cómo fue el encuentro? ¿Me criticó la Emperatriz mucho? ¿Lloraba o gemía? No me los digas, ya tienes secretos que nadie más puede saber, ni siquiera el marido que soy yo”. Otra vez, le ruega “prevenga a la joven María Luisa contra las intrigas palaciegas, como cosa suya...”.

En París en 1810 Napoleón explica durante horas a Metternich sus ideas sobre Inglaterra y el bloqueo continental, sin convencerle, “pues van contra la certeza matemática”, y sobre Alemania. Napoleón le dice que no se tendrían que oponer a la presencia de los rusos en el Danubio, donde la población era más ruso-eslava que turca. Pero tales éxitos rusos tendrán que conducir a una alianza de Austria con Francia, para proteger que Belgrado pertenezca a Austria. Si embargo, Austria debía evitar una ruptura con Rusia.

Viaja Metternich de nuevo en misión especial a París, en los prolegómenos del matrimonio, y Napoleón sigue confiando sus proyectos al Ministro de Exteriores de su nuevo suegro: Austria debe unirse con Francia si no quiere verse en una guerra contra Francia, unida a Rusia, en el momento se traten de solucionar las complicaciones suecas. Se trata de un motivo distante de guerra y lo mejor para Austria es ser

neutral (dado que no tiene intereses Austria en Finlandia ni en el Báltico) responde Metternich. Sigue Napoleón: lo más importante para Austria es Iliria y Dalmacia. Propone dárselas a Austria a cambio de ceder Galizia. La propuesta no satisface a Metternich, pero lo pone en conocimiento de Francisco en Graz haciéndole el siguiente resumen: “En 1811 Napoleón no acabará con la paz de Europa en la primavera de 1812, pero unirá sus fuerzas para dar un gran golpe a Rusia. Austria debe preparar su hacienda disminuyendo el papel moneda y mejorar sus defensas militares, así como declarar su neutralidad armada”. “En caso de guerra entre Francia y Rusia, Austria debe situarse en un flanco que asegure se da crédito a sus opiniones tanto durante las hostilidades como al final de la guerra”.

Las guerras entre 1792 y 1809 habían acabado con la prosperidad pública europea: sólo había papel moneda. No había recurso al crédito. Por el contrario, la concesión de licencias de importación originadas por el bloqueo continental resultaba negocio productivo para Napoleón. El Conde Wallis, ministro de Finanzas, no sabía qué hacer y la Dieta húngara no podía aportar lo suficiente. Metternich considera que “hay que fortalecer el poder central y organizar un Consejo de Estado bajo la dirección de un canciller que sustituya las discusiones por los papeles y que estos sigan el criterio del Emperador Francisco”.

10. Mientras tanto el Zar Alejandro había enviado al conde Schuwalow a Viena proponiendo un tratado de alianza contra Francia, lo que probaba “la inestabilidad de su carácter” al decir de Metternich. Éste le contesta con un viejo borrador propuesto por su padre años atrás y que por tanto no se adapta a lo requerido en ese momento. “Lo importante es mantener la libertad de maniobra”. Cree conveniente avisar a Prusia “que se encontraba en su más profunda decadencia”, pidiendo a Federico Guillermo paciencia y confianza en la amistad personal con Francisco y la suya con los dignatarios de Berlín.

Napoleón se embarca en la campaña rusa y avanza la Grande Armée por Polonia. Austria ha facilitado un contingente auxiliar a la coalición napoleónica basada en la Confederación del Rin. A punto de comenzar el combate, Napoleón se encuentra en Dresden con su suegro, pero la conversación es fría. Napoleón le dice a Metternich: “en Francia el talento es común, pero solo talento; no hay nada detrás que se parezca al carácter, y menos a los principios. Todo el mundo habla para que se aplauda. En la tribuna no hacen más que revolución, así que he tenido que poner orden y disolverlos. Basta con que tenga yo la llave de la puerta del salón de discusiones en mi bolsillo... Non más charlatanes, no más ideólogos”. A punto de iniciar la campaña rusa, Napoleón creía iba a colocar la clave de la bóveda del Imperio carolingio, recreado bajo la dinastía Bonaparte.

Pero la campaña es cerrada desastrosamente para Napoleón y Francisco, siguiendo el consejo de Metternich, ofrece la mediación. A diferencia de Austria, Prusia unida al ejército francés, cambia de alianza y se une a Rusia. Ocasión para los epí-

gonos de la nación alemana como Stein, los particularistas prusianos, los germanistas abstractos que piden a Austria declaración inmediata de guerra contra Francia. Pero no es ese el parecer de Viena, porque al decir de su Canciller “la transición de la neutralidad a la guerra pasa por una mediación armada”.

Metternich presentó a su Emperador un memorando en el que le dice que el “descarrilamiento de la empresa de Napoleón contra Rusia ha alterado la posición de Austria. La solución final no puede ser sino la paz que solo puede conseguirse restringiendo el poder de Francia hasta establecer un equilibrio de poder entre los estados principales. Puede establecerse una paz real disfrazada como la de los tratados anteriores con la república francesa”. Anota a pie de página Metternich: “la noción de equilibrio político está muy discutida desde la paz general de 1814-1815”. “Descansar sin equilibrio es una falacia. El equilibrio absoluto no puede encontrarse en la política, sino sólo cuando se presten las mayores garantías posibles”.

El resto de aliados quiere continuar la guerra, pero Austria primero necesitaba arreglar sus propias fronteras con Prusia “no en base de la extensión de territorios, sino a la restauración del *statu quo* de 1803 o 1805.” Por otra parte, se preguntaba Metternich: “Si hay que soldar el imperio alemán: ¿podrán sus fragmentos unirse? ¿Se va a restablecer el Sacro Imperio? Austria tiene que definir su papel: la soberanía absoluta bajo un emperador o frente a un emperador plantea dificultades insuperables; serán inevitables los conflictos entre el soberano y los magnates de los estados separados. Difícilmente se acomodará el Emperador de Austria a la subordinación y tampoco el rey de Prusia.”

La crisis fue aprovechada por el rey de Sajonia que, expulsado por Rusia y Prusia de su territorio, se puso bajo protección de Austria. “Si Napoleón hubiese borrado el nombre de Prusia del mapa, dice Metternich, hubiera sucedido lo que con los otros. Al no hacerlo así, el tirano ha dado vida a un Estado en el borde de la existencia imposible y de la extinción final.”

Tras Presburgo y Viena, dice el canciller: “el sentimiento alemán sólo es un mito”. “Es sobre Austria donde ha recaído el peso de todas las guerras, con la excepción de la de 1806. Las diferentes razas alemanas, tras la mediación de 1803, han tomado direcciones diferentes”. Al finalizar el año 1812 los cuerpos prusiano y austríaco desplegados en Rusia se retiraron. Hay importantes sublevaciones populares. Prusia y Rusia concluyen una alianza en 1813; era el momento en que José tiene que abandonar Madrid.

Las victorias de Lützen y Bautzen, en la primavera de 1813, no aniquilan al combinado ruso-prusiano enemigo por una maniobra de dispersión del Mariscal Ney: el ejército ruso, desmoralizado y mal armado, y el prusiano sólo existe en nombre. Los aliados se han retirado a Silesia. Es entonces cuando el Zar intenta ahora lograr de Austria su implicación activa contra Napoleón.

11. Viena se convierte, como deseaba Metternich, en árbitro de la situación, cuando Rusia, Prusia e Inglaterra se comprometen en la convención de Reichenbach

a no concluir la paz, mientras Francia no vuelva a sus fronteras de 1792: nace la Cuádruple Alianza. Las negociaciones son convocadas por Francisco y se mantienen en Gitschin, en la frontera entre Bohemia y Silesia, a medio camino entre los cuarteles generales de los aliados y Napoleón en Dresden. Para mejor indicar la intención de mediación acuden Nesselrode, Bubna, Murat y el mismo Metternich. Metternich prepara mientras tanto sendas entrevistas secretas con Alejandro en Opcno y con Napoleón en Dresde.

El Zar tenía reproches para el Emperador austríaco, tanto por el matrimonio de Maria Luisa con Napoleón, como por no haber aceptado aplicar el tratado secreto de alianza contra Francia de 1811. Metternich le convence: Austria no estaba del lado de Napoleón.

En Dresden Napoleón muestra su decepción por la ambigüedad austríaca, pese a su matrimonio con la hija del Emperador. Quiere la paz y saluda a Metternich con su sombrero bajo el brazo ceñida su espada a la cintura: “Así que vosotros también queréis guerra, la tendréis. Los hombres son incorregibles. Tres veces he remplazado al Emperador Francisco en su trono, he prometido siempre vivir en paz con él y me he casado con su hija. En su momento pensé era una locura, pero lo hice y hoy me arrepiento”. “Si se me permite decirlo, comenta Metternich, Napoleón me pareció entonces muy bajito.”

Metternich dice a Napoleón: “la paz y la guerra están en vuestras manos; lo están, el destino de Europa y su futuro y el vuestro; entre Europa y vuestros propósitos, hay una absoluta contradicción. El mundo requiere la paz. Hoy podéis concluir la paz, mañana será demasiado tarde”. Napoleón le replica: “¿Y qué quieren que haga? ¿Que me degrade? ¡Nunca! Sabré cómo morir, pero no cederé un puñado de tierra. Vuestros soberanos nacieron en el trono; veinte veces se les puede echar y volverán a sus palacios. Yo, hijo de la fortuna, no puedo. Mi reino no sobrevivirá al día que deje de ser fuerte y temido. Pude desafiar al hombre, pero no a los elementos. El frío me ha arruinado. Me he quedado sin generales. Hace quince días habría concluido la paz, ahora ya no”. Ante la insistencia de Metternich, Napoleón pone en duda la formación de una nueva coalición y la participación en ella de Alemania y juzga que Austria sólo puede ofrecer neutralidad.

Pero Metternich precisa: Austria ofrece mediación, pero no neutralidad. Napoleón explota: “Hice una locura muy estúpida, casándome con una archiduquesa de Austria. Perdí en la campaña de Moscú 300.000 hombres y de ellos sólo eran 30.000 los franceses. No me preocupa mucho la vida de millones de hombres. La causa que representan no perecerá. Por qué escogiste una habitación cerrada para decirme estas cosas. Abre las ventanas para que todos lo oigan. Cuando me casé con la archiduquesa intenté soldar lo nuevo con lo antiguo: los prejuicios góticos con las instituciones de mi siglo. ¿Destronará el Emperador Francisco a su hija?”.

Fueron nueve horas de conversación en Dresde. Más tarde Metternich recibiría un *projet d'arrangement* y Napoleón le citó para trabajar sobre el papel allí mismo.

El Canciller limitó sus demandas a que se aceptara la mediación austríaca, se convocara una conferencia en Praga y se fijara el 10 de agosto de 1813 como fecha tope para la negociación; más allá se reemprenderían las hostilidades.

12. Las fuerzas rusas y prusianas, concentradas en el norte de Silesia no pueden mantener sus posiciones y requieren atravesar Austria hacia la frontera de Sajonia para reforzar las fuerzas en Bohemia. Los plenipotenciarios de Rusia y Prusia, así como los franceses aparecieron en Praga, pero Metternich quiere ahora retrasar las conversaciones y exige la verificación de credenciales a los plenipotenciarios para así dar tiempo al movimiento de tropas. Se han preparado las antorchas entre Praga y la frontera de Silesia que señalarán la ruptura de la negociación, el fin de la tregua. Aunque el 12 de agosto llegaron los documentos, Metternich no los aceptó.

En Tetplitz se reúnen los monarcas de Austria, Rusia y Prusia. Después de Lützen, por temor a Napoleón, el Rey de Sajonia había roto con Austria; después de la campaña de 1812 el Rey de Baviera se distancia de Francia y se aproxima a Austria. Se consolida la cuádruple Alianza¹⁸. “El Zar –dice Metternich– animado de noble ambición se inclinaba por rapidez y contundencia; el Rey de Prusia, tranquilo en medio de la excitación, era crítico, severo de todos los planes. El General Blücher representaba el espíritu nacional prusiano”.

Los acuerdos de Tetplitz delimitaban las incorporaciones de territorios de hecho (Hannover, Cerdeña, Hesse, la casa de Orange...) de aquellos otros territorios cuyos poseedores renunciaron formalmente ante Napoleón. Se acordó la vuelta de Francia, Austria y Prusia a sus límites territoriales previos. No había todavía postura clara en lo que hace a la confederación alemana. Rusia y Prusia comprometieron su ayuda mutua en el ducado de Varsovia y en Sajonia. Alejandro decidió que Von Stein dirigiera el futuro de Alemania en Leipzig. Metternich recela: “Desde hace mucho conozco la perversidad de su carácter”; y deja claro al Zar: “la consecuencia deplorable que tendrá para Alemania ponerla bajo un nombre que precede de un partido revolucionario”. Austria de la mano de Metternich se une ahora a la gran coalición, que va a librar la “Batalla de las naciones” entre el 16 y 19 de octubre de 1813 en Leipzig.

13. Austria, completamente vencida en 1812, obligada a seguir a Francia en su desastrosa campaña rusa, estaba ahora gracias a la buena suerte y a la diplomacia de su canciller, con los ganadores y parecía que los dirigía. Así, Metternich lleva a su Emperador a Fulda el 2 de noviembre para combinar las operaciones que obliguen a Napoleón a retroceder tras el Rin¹⁹ y redactar un manifiesto para hacer saber al pue-

¹⁸ Suscrita por Austria, Prusia, Rusia e Inglaterra, sería el verdadero árbitro de la situación internacional, haciendo nacer la práctica de los Congresos.

¹⁹ A sugerencia de Metternich se tomarían las alturas en los Vosgos y las Ardenas.

blo francés que la acción aliada no se debe al cambio de la dinastía. “Debe evitarse lo que desencadenaría de nuevo la revolución, pues Bonaparte era el dueño de la revolución y no hay que dar motivo para convocar una segunda convención francesa”.

El Zar matiza a Metternich: “la República ha acabado, estamos en Francia y los diputados deberán elegir quién manda y la forma de gobernar”. A lo que Metternich replica: “el destino del poder del usurpador es no volver cuando el poder está roto”. El Emperador Francisco no favorecerá otra dinastía que la de los Borbones. También indica está contra apelar a la Nación: “un pueblo que estaría ante la falsedad de deliberar bajo 700.000 bayonetas”. El Emperador Francisco tampoco entiende que puede discutir otra cosa que aceptar al rey legítimo. Y dice Metternich: “El sentimiento que guiaba a Austria, libre de los sentimientos ambiciosos o sanguinarios no era sino asegurar el estado de la paz para el continente europeo reposara en bases sólidas. El Zar Alejandro navegaba en vapores de vago liberalismo y en ocasiones por solo impulsos personales o por influencias accidentales” Metternich se vio muy apoyado en sus opiniones sobre estos puntos por Castlereagh, del que comenta: “no está muy enterado de lo que pasa en el continente”.

En Langres sobre los Vosgos se estudian ya las tres posibilidades para la sucesión de Napoleón: desde llamar a los Borbones hasta nombrar a un tercero (El Príncipe Sueco), pasando por una Regencia hasta la mayoría de edad del *aiglon*, el hijo de María Luisa, el nieto del Emperador Francisco de Austria. Y así quedó abierto el camino para que los resultados de una guerra ganada en realidad por Rusia y Prusia, con la colaboración fundamental británica y española, se debatieran en Viena bajo la presidencia del suegro de Napoleón.